

# CAPITALISMO, IGLESIA Y POLITICA

EL señor Garrigues Walker ha dedicado una serie de artículos de prensa al tema "capitalismo, Iglesia y política". El comienzo de ellos no ha podido ser más irritado: le causa "creciente asombro" ver que la Jerarquía eclesiástica está "produciendo daño grave entre creyentes y no creyentes, por la falta de seriedad, de realismo y de prudencia". No duda de que "la raíz reside en la incultura económica de la Iglesia". Toda ella, y más en particular la española, "se mueven dentro de los fenómenos económicos con la ingenuidad de una serpiente y la astucia de una paloma". La Permanente episcopal "no sabe muy bien lo que está diciendo y actúa, dicho sea con todos los respetos, sin sentido de la responsabilidad". Mas, en general, "son muy pocos los teólogos cristianos que saben verdaderamente lo que es el liberalismo económico". Como término de cualquier discusión en que la Iglesia no sabe cómo salir, "acaba amparándose en el dad al César lo que es del César y reconociendo displicentemente que los hijos de las tinieblas son en sus negocios más sabios que los hijos de la luz".

Podríamos seguir espigando en el segundo artículo; pero como al lector le importarán más las razones que los ultrajes, nada nos impide dejar incompleto el manojito de "todos los respetos" que el señor Garrigues Walker profesa a los obispos.

## PRECISIONES DE TECNICA DIALECTICA

Alas razones vamos. La parte de la frase episcopal que eriza la sensibilidad liberal y capitalista del señor Garrigues Walker es ésta: que colocan entre los programas "incompatibles con la fe" al "modelo de sociedad en la que el lucro sea el motor ESENCIAL del progreso económico, la concurrencia la ley SUPREMA de la economía y la propiedad privada de los medios de producción un derecho ABSOLUTO".

Todos los clérigos españoles iniciaban su estudio de la filosofía con un trimestre de "dia-

léctica" o de las leyes elementales de la esgrima conceptual; pasados esos tres meses, ninguno de ellos hubiera perdido un minuto en oponer a esa afirmación de los obispos que el lucro es motor del progreso económico, que la concurrencia es ley de la economía y que la propiedad privada de los medios de producción es un derecho. Lo que no se niega, porque es de clavo pasado, es inútil refutarlo. Arremeter contra un pensamiento mutilado es dialécticamente tan feo como golpear a un manco.

Entre esas mismas reglas de esgrima está la de fijar las palabras en su sentido exacto, sin el cual la discusión se convierte en blablablá. Así, "absoluto" significa, según nuestros diccionarios, herederos de la tradición cultural escolástica, "no condicionado, independiente, sin restricción alguna, desligado de toda relación" (suelto-de, absoluto). Y si los obispos aseguran que la propiedad privada de los medios de producción no es un derecho "absoluto", ningún alumno de dialéctica se hubiera sentido satisfecho con responderles (y son palabras de nuestro articulista) que "la propiedad privada de los medios productivos debe ser un derecho absoluto, sólo limitable en casos excepcionales y con carácter temporal". Por favor, ¿absoluto o limitable? ¿O limpio con manchas?

## ANTICAPITALISMO Y CAPITALISMO ANTICRISTIANO

SITUACION más cáustica la ofrece ese capitalismo a cuyo servicio dice el señor Garrigues que ha estado la Iglesia, en un largo párrafo amoroso al que pertenecen estas endechas: capitalismo e Iglesia "tienen mucho en común y sería ilógico que en la coyuntura actual se convirtieran en enemigos irreconciliables. Los dos han perdido su fuerza dogmática, pero ambos son inmortales y pueden encontrar nuevas fórmulas de entendimiento".

No es de la inmortalidad segura de la Iglesia de donde podrá venir peligro a la problemática inmortalidad del capitalismo, sino de las propias venas de éste, porque la plétora también mata. Si la Iglesia no es antisocialista, tampoco será anticapitalista. Es el capitalismo el que tiene tanta sangre (¿sobre sí?) como para que deba temer la apoplejía, una vez que se ha convertido en supercapitalismo. Más si se hubiera vuelto enemigo de la teología cristiana.

### DIVINIZACION DE LOS VALORES

NO se crea y se distribuye riqueza sólo por lucro. El padre la produce por amor a sus hijos; el científico, por el gozo del descubrimiento; el profesor, por la pasión de darse hecho luz; el misionero, civilizador por caridad; el gobernante, por deber. En el polvo humano de los grandes números nadie puede negar el predominio del estímulo del lucro, pero a partir de aquel límite primero de los otros estímulos, que en una gran parte de la humanidad subsisten nobles y vivos. Son miles de millones los hombres que no han hecho del lucro razón de toda actividad.

Pero si el lucro pasa de ser aguijón de la indolencia a ser ídolo y fin último (motor esencial, ser y naturaleza, según el diccionario), ya no estamos sólo ante un desorden moral de individuos, sino ante una hipertensión que puede matar al sistema.

Porque se sigue haciendo de la concurrencia "ley suprema" y no mecanismo de autorregulación. El antiguo pisotear al pequeño se ha hecho pisotear a clases, a masas, a naciones, a continentes. El progreso de los grandes se ha hecho exponencial—que es otro modo de hipertensión—. De la gran competencia o concurrencia comercial se ha llegado a las guerras, por más disfraces que tengan y más lejos que se hagan. Los rivales poderosos tienen en la esfera local para poder cambiar las ordenanzas; en el nacional, capacidad para hacer dictar leyes o convertir en papel mojado las dictadas; en el supranacional violan impunemente la soberanía de cualquier nación. Incluidas algunas de las grandes. Clertos poderes capitalistas visibles o invisibles llegan a constituir o a convencer a una fuerza de hecho ocultamente merre-

ES superfluo discutir si en la nueva actitud social de la Iglesia "no hay nada nuevo ni original"; porque la Iglesia se las apaña con el viejo decálogo de Moisés y con el "nuevo" testamento para aconsejar en cosas de fidelidad a la fe.

El planteamiento que los obispos hacen de los casos en que un programa social sería incompatible con la Iglesia es nido, y hemos de atenernos a él. Si la Iglesia condenó al socialismo y al marxismo por cuanto "tienen entre sus fundamentos filosóficos el materialismo y el ateísmo", no prejuizo de una vez para siempre lo que iba a pensar de la parte de teoría económica y de estructura social que aparecieran en el curso del tiempo con apellido socialista, pero desligadas de tales materialismo y ateísmo. Podrán presentarse situaciones prácticas confusas, de las que los políticos y los votantes saldrán con su recto criterio; pero quien dirima sobre lo económico-social no será la Iglesia, que se limita a juzgar sobre la concordancia con la fe cristiana del materialismo y del ateísmo.

Ahora bien, a la lista de los servicios de la Iglesia a los regímenes feudales del medioevo, puede el señor Garrigues Walker profetizar con seguridad los servicios sinceros de la Iglesia a los regímenes socialistas, para cristianizarlos y a medida que se vayan cristianizando. Al tiempo.

naría, defensa armada de su situación de privilegio, a veces en el propio país, a veces en los países económicamente dominados. Basta mirar el mapa de las dictaduras.

A la vista de este panorama, que tantas veces ha provocado, la pregunta de si este mundo tan injusto puede llamarse cristiano, los obispos, que son expertos en cristianismo, aunque no lo sean en economía, se plantean dos hipótesis.

La primera, si este capitalismo tiene de no cristiano lo que tiene de pecador y si se salvaría con una reforma razonable de las conductas. Pero tal vez—y la responsabilidad no será de la Iglesia—el mal mundial ha llegado al punto sin retorno y el sistema se derrumba entero, como tantas civilizaciones de la historia. (Se debería, además, tener el pudor de no pedir que la Iglesia predique contra las revoluciones que asoman, si esto equivale a pedirle que abuelva las injusticias que duermen).

Pero la segunda hipótesis es la única que debió entrar en el análisis del señor Garrigues Walker. Cuando una "conducta" reprochable se sublima en "teoría" y los valores convencionales y pragmáticos se absolutizan como sistema de ideas, los obispos tienen derecho a preguntarse si no estamos ante una adoración de ídolos. El Absoluto es Dios: sólo son valores insubordinados e intocables los valores divinos.

Materialismo por idolatría, para la Iglesia tanto da si los marxistas niegan a Dios como si los capitalistas hacen su dios del lucro: no es el Dios cristiano. Racismo por supercapitalismo, igual es el dios Wodan que el dios Plutón.

Lo que los liberales de bajura no parecen percibir es que la Iglesia no condenó como paganismo la discriminación colonial contra los negros—pecado anticristiano—; pero sí el nazismo racista—religión anticristiana—. Y que hay una diferencia entre el egoísmo de los explotadores—pecado anticristiano—y la concepción de un "modelo de sociedad en la que el lucro sea el motor esencial del progreso económico, la concurrencia la ley suprema de la economía y la propiedad privada de los medios de producción un derecho absoluto". Tal vez no ver la diferencia es una atenuante.

UNA inquietud final. No sabemos por qué, cuando los obispos tienen tanto cuidado en no precisar su postura frente a cualquiera de los grupos que acceden a la arena política, el presidente de la federación de partidos liberales sí ha tenido interés en marcar su distancia de la postura de la Permanente episcopal española, tan falta de realismo ella. ¿Es para que a los electores no les quepan dudas?

Jesús IRIBARREN